

136
Assunção

Caja 14

Coronel Ramon de Cáceres

ORIGEN
DE LA REVOLUCION
DEL AÑO 36
Y MEMORIA SOBRE
LA CAMPAÑA DEL AÑO 38

Montevideo
1839





1 Documento
42 casillas



3

Manifiesto

Orijen de la revolucion del año 36 y me-
morias sobre la campaña del año 38 por el Cor-
onel Graduado, Jefe del E. M. G. del Ejército
Coronel D. Ramon de Caceres



La obligacion en que me hallo de vindi-
car la reputacion de mi infortunado hermano
politico el General D. Manuel Britos, atroz e
injustamente rubricada por el General D.
D. Ignacio Oribe, el deseo de hacer conocer a
mis conciudadanos los hombres a quienes con-
fieron los destinos de la Patria para que
algun dia sean mas cautos, y el deber de
instruir al publico sobre las maniobras del
Ejército en el cual servi como Jefe de E. M.
para que no equivoque su irrevocable fallo,
me ponen en el caso de hacer esta mani-
festacion. No puedo y debo hablar con pro-
piedad porque figure al lado de las prime-
ras autoridades, escrito para mis contem-
poraneos y no temo ser desmentido cuan-
do hay millares de testigos por todas par-
tes de los hechos que cito. No temo ninguna
clase de compromisos por pagar una deuda
sagrada a la amistad, y aunque este
proceder me ocasiona una desgracia me
queda la satisfaccion de haber dicho la
verdad, y prestado a mi Patria un servi-
cio que puede ser interesante.

Elevado D. Manuel Oribe a la
primera magistratura del Estado en

37/2
Ahora del año 35, y compuesto su ministerio de hombres buenos, el país esperaba un porvenir venturoso, confiado en la honradez del Magistrado, y en la integridad de sus ministros, mas que todo en la esperanza de que sería muy duradera la tranquilidad del Estado, pues sofocada la revolución que hizo el General Paralleja en los años anteriores, los Orientales parecían que habían hecho conocer al mundo entero, que no pertenecían a personas, sino a la cosa, y que no querían mas q.^{ta} mantener íntegras sus instituciones.

Efectivamente Oribe dando la mayor publicidad a todos sus actos, organizando las Guardias Nacionales en toda la República, y adoptando la mayor economía en el ramo de Hacienda, se captó el aura popular. Se amortizaron en medio año, mas de medio millón de pesos de la deuda pública; depositando las armas en manos de los ciudadanos demostraba el mayor civismo; una porción de capitalistas y lo mas decente del país se enrolaban en las Guardias. Gran parte del Ejército fué reformado y los antiguos veteranos recibían el premio de sus servicios.

Enravecido Oribe con el prestigio que le habían dado sus anteriores actos, sin nobleza, para olvidar antiguos resentimientos, ceceo a todo el mundo, se creyó con poder bastante para eclipsar al General Rivera, y empezó por ridiculizarlo haciendo



publicar las cuentas del año 34, mostrándose
merguinos á sus exigencias, inutilizando á
sus amigos, hostilizándolo, en fin por cuan-
tos medios estaban á su alcance.

Rivera entonces quiso hacerse
conocer su influencia, haciendo oposicion al
Gobierno en los colegios electorales para la
eleccion de Alcaldes Ordinarios y Jueces de
Paz en los Departamentos por Enero del año
35. De cuyas resultas hubo algunos tumultos
en Paisandú, Durazno, Colonia y Maldonado,
que fué preciso ~~que~~ sofocase con
mano armada la Policía, dando motivo á
que Rivera clasificase de arbitrario al Gobierno
por la conducta de sus delegados en los
Departamentos.

Desde entonces Rivera se quitó
la máscara, y abusando de su posicion
como Comandante General de Campaña, invitó
á los jefes de la fuerza armada p.^a derrocar
al Gobierno, quien prevenido no tuvo energías
bastante para echarle caza, y jurgarle como
no debía; contentándose con quitarle su
Comandancia General, mena ofensa que él
no podía perdonar, cuando quedaba en ap.^{ta}
situación de poder llevar al cabo su proyecto.

Efectivamente á mediados de
Junio del año 36 estalla la revolucion que
se hace sentir simultaneamente en todos
los Departamentos del Estado. Paisandú,
Soriano y el Durazno se entregan casi sin
excepcion á Rivera: el escuadron numerol
de línea se subleva en el Cerro Largo;



al buen fin y
mas la conducta noble del Coronel Brito en
'Tacuarembó', paralizó el progreso de la
anarquía y contribuyó a sofocarla como se
vera mas adelante.

El 17 de Junio se aproximaba el Gene-
ral Rivera a la villa de Tacuarembó con cien-
to y tantos hombres la mayor parte peones de
sus estancias, con el fin de sorprender a Bri-
tos; mas prevenido este por un vecino, le pa-
só una nota por conducto del ayudante Aca-
ña del número 1º, diciéndole que consecuen-
te a las órdenes que tenía del Gobierno, no de-
se un paso adelante del arroyo de la Tranque-
ra, sin decirle el objeto de su venida. Rive-
ra sorprendido con el contenido de esta nota
hizo alto en la Tranquera, y Britos tuvo
tiempo de montar la poca tropa que te-
nia en los cuarteles. Desde aquel destino
escribió una carta a Britos por conducto
de su sobrino el capitán D. Pedro Mendoza,
en la cual le decía sin rodeos que se halla-
ba al frente de la revolución para derrocar
al Gobierno, con unos pretextos absolutamen-
te insignificantes (la referida comunica-
ción se imprimió en aquella época). La res-
puesta de Britos fue montar a caballo, y sa-
lir con su escuadrón a perseguirlo, como
lo efectuó con el mayor afán en el espa-
cio de cinco leguas, consiguiendo escapar
Rivera por tener muy bien montada su
gente. Hizo alto Britos en el Arroyo
Mato, para reunir las guardias que tenía
en la frontera, la milicia de aquel distri-



to y la caballería precisa para continuar³⁶ (5)
sus operaciones. Efectivamente el 19 tenia-
mos reunidos cuatrocientos hombres perfec-
tamente dispuestos, y el 20 estábamos en
Salasfmedes con dirección a Paisandú para
destruir a Naima que había depuesto las
autoridades constituidas, y se prometía
hacer una gran reunión. Allí supimos que
Riviera había pasado el Rio Negro en Quin-
teros y se dirigía al Durazno. Britos hizo
una junta de jefes, y a pesar de que mi
opinión era seguir a Paisandú, en donde
nuestra división podía aumentarse al mi-
nimo de ochocientos hombres, sin embargo
se decidió a perseguir a Riviera para no
darle tiempo a rehacerse, y contramarcha-
mos para el paso de los Toros.

Ya había pasado a nado la mitad
de nuestra fuerza el 21, cuando llegó el capi-
tán Ayala, con un oficio del General D. Igua-
cio Oribe nombrado Comandante General de Campa-
ña, ordenándole a Britos que por ningún
pretexto comprometiese la fuerza que tenía
a sus órdenes, y que inmediatamente mar-
chase a incorporarse en el Cordobes, en
donde se hallaba con una fuerte división. Si
Britos sigue en plan, el número 2.º suble-
vado no se incorpora a Riviera, y este
perseguido sin descanso no habría hecho
reunión alguna, mas Britos era soldado
siempre humilde y subordinado, y a pesar
de que le aconsejábamos obrase como lo exi-
gían las circunstancias, de las cuales no

podría estar impuesto el General Uribe, ^{51/6} el te-
niendo la responsabilidad, y los cargos que
podían hacerse en cualesquier suceso, in-
esperado de la suerte de las armas, se decidió
a obedecer, y haciendo repasar la fuerza
que estaba del otro lado, marchamos a
pasar el Rio Negro para arriba ^{amos} de Polan-
co y en direccion al punto que se señalaba.

El 4 de Agosto nos incorporamos
con el General Uribe en las Palmas cuya fuer-
te division no alcanzaba a doscientos hom-
bres, mas la noticia de nuestra incorpora-
cion hizo revivir el espíritu de los paisa-
nos del Departamento del Cerro Largo, y con
algunas fuerzas que llegaron de la Capital,
a los ocho dias teniamos mas de mil y tres
cientos hombres. Rivera en el inter habia
reunido tambien sus fuerzas en Cuadra, y
con mil hombres, mas o menos, vino a bus-
carnos asi a las puntas del Yi, pero im-
puesto de que teniamos mayor fuerza, no
quiso probar fortuna y contramarchó con la
mayor rapidez buscando al General Lavalleja
que con una division de seis u ocho cientos
hombres de Guardias Nacionales, se hallaba
por las puntas de San José, afortunadamen-
te el General Lavalleja, pudo evadirse de un
choque, en que no debía salir bien, y Rive-
ra se dirigió a pasar el Rio Negro en el Va-
vato. Nosotros en lugar de haber seguido
a Rivera, cuando contramarchó a nuestro
frente, para arrebatarle el triunfo que
podia haber adquirido sobre el General Lara.



Meja; antes que sacase de él mayores ventajas, ⁷⁸ (7)
marchamos lentamente por el norte del
Yi hacia abajo; contentándose el General en
Cefe, con hacer ostentacion de su estrategia
en las marchas y contramarchas que hacía
diariamente de Villastoas a Tejera y de Te-
jera a Villastoas, para mostrar sus colom-
nas a las ninfas del Durazno; jactándose con
la mayor impudencia, de que con aquellas ma-
nuebras tenía loco a Rivera, a quien sus
apasionados del Durazno sebian participar, que
un día subía el ejército y otro día bajaba.

En la barra de Tejera estábamos,
y acuerda una tarde con el General Britos y
el Coronel Gomez, marchar con todo el ejército
a pasar el Yi en Polanco, porque había allí
tres botes y para buscar la incorporacion de
Lavakeja a quien decía había ordenado se
retornase hacia Castro: dió sus ordenes al
efecto, y encargó al Comandante Brum que
era Cefe se día reuniese las avanzadas al
cerocar la noche y colocase sus partidas flan-
queadoras, en la direccion que debiamos he-
var; cuando al moverse el ejército se le
ocurre entorpecer al paso del Durazno, una
noche tenebrosa, ventosa y fria: en vano se
esforzó D. Servando Gomez en pasar con
su division se le resabieron como era
consigniente los caballos, se perdió una por-
cion de armamento y casi se murieron de
frío algunos soldados. Entouces se convenció
que era un desatino lo que había proyectado
y determinó amanecer sobre el paso, sin ^{saber}



de la mayor parte del Ejército que todo ³⁹ se (8)
había estraviado aquella noche, y sin una
guardia, pues toda la tropa de servicio
había quedado en la costa de Luján con
el Cefe de día, esperando ~~los~~ órdenes que
no se acordó de comunicar hasta el día si-
guiente el General en Cefe. Cada uno procura-
no acomodarse aquella noche por donde se
parecía y veinte enemigos que se hubiesen
acercado a escopetearnos, nos habrían desecho
completamente. Des de entonces me convencí
que aquella cabeza no estaba bien organiza-
da, y no había uno en el Ejército que no
pensase del mismo modo. A los cuatro ó
cinco días se incorporó el General Lavalleja,
cuyo suceso debíamos nosotros festejar como
un triunfo. Yo me retiré a Montevideo y el
General en Cefe, se dejó estar una porción de
tiempo en inacción, haciendo morir sus
caballadas en los pantanos y al rigor de la estación.
El Gobierno me destinó a fines de
Setiembre a tomar el mando de las fuerzas
de mar y tierra estacionadas en el Uruguay.
Yo me hallé por consiguiente en la acción
de la Carpintería, mas personas de mucha
capacidad que allí se hallaban, me han
informado que no hubo mala disposición
en nuestra línea; el General en Cefe hizo pa-
sar el ejército dos veces por un desfiladero el
Arroyo de la Carpintería, y cuando cargaron
los enemigos aun no habían entrado algunas
de nuestras divisiones en línea; en fin basta
saber que al escuadrón del Comandante Benavente

vidos, lo hizo estender en tiradores a vanguardia ^{no} (9) de su linea, en los momentos que iba a darse la carga, razon por que fue envuelto sin pelear aquel escuadron con muertos de oficiales y soldados valientes.

Todos saben la parte activa que tuvo el General Britos en el triunfo de los defensores de la Leyes. El con la fuerza que pudo reunir defendió el campo de batalla hasta la boca de la noche, y cuando estaba haciendo el parte al Gobierno, apareció el General en Jefe que habia sido envuelto, entre sus guerrillas y perseguido mas de cinco leguas, algunos que le acompañaban en su fuga, le han asegurado, que quiso darse un tiro considerando perdida la batalla, mas luego que regresó olvidándose de lo que debia al General Britos, no hizo sino concebir la mas baja envidia contra este buen servidor del Estado, y tal vez juró desde entonces la ruina de este desgraciado Oriental; así es que en su descabellado parte le nombra solo como por cumplimiento haciendo un exaltado elogio del Coronel Gomez, como para humillar al objeto de sus injustos celos. El General Britos queria marchar al dia siguiente sobre los restos de Rivera, para no darle lugar a que se rehiciese, mas el General en Jefe se dejó estar una porcion de dias en inaccion, y dió lugar a que Rivera le diese un jaque derrotando completamente la Division de Arellano en el Durazno. Se movió al fin el ejercito y todos saben que sino hubiese sido la defeccion de



Rivera, Rivera habia reunido elementos para ⁴¹ (10)
dar una segunda batalla, tal vez con superioridad en el numero de los combatientes. No habia influido al frente de Paisandú para hacer servir a Marate y Britos haciendo uso de sus antiguas relaciones con este, y con Rivera tuvo la parte mas activa en el feliz desenlace de la campaña del año 36 a' nosotros se debe que no corriese una gota de sangre mas en aquella época como lo manifiestan los documentos adjuntos con el núm. 10/10

Sin embargo el General en Jefe cuidó de ocultar todos los antecedentes para que luciese solo su habilidad y quedó lleno de presunción y ufano con su prestigio, y sabiduría. Rivera abatido con un contraste que no esperaba, trató de emigrar para el continente del Brasil, Britos se ofreció a perseguirlo con el solo fin de dispersarle su séquito que se componía de mas de 300 hombres, p.^a que le fuese mas difícil incomodarnos en lo sucesivo, y el General en Jefe no lo permitió alucinado con unas cartas que recibió de Lavalle y del mismo Rivera, que desconociendo su amor propio, lleno de ideas caballerescas, le desarmaron; persuadiéndole que los hombres que le recomendaban sus familias no volverían jamás a batirle.

Se presenta Rivera a las autoridades dependientes del Gobierno Imperial quienes se niegan a desarmarle, con pretexto de haber recibido a sueldo sus soldados, y esta conducta que autorizaba a nuestro Gobierno para ser mas condescendiente con los Republicanos Rio-Grandeños.

12/11
denses, no sirvió sino para entablar negocia-
ciones morosas con la Corte, á quien satis-
fizo desarmando los Republicanos Rio Grande-
ses, que fiados en nuestras palabras, se ha-
bian refugiado á este Estado por la frontera
del Yaguaron. Al fin la Corte se decidió á pro-
ceder contra Rivera y dió sus órdenes al
Presidente Antero, mas entonces se combina
aquel con Benito Manuel, y desertando de las
banderas imperiales se incorporan á los Re-
publicanos, quienes adquieren considerables
ventajas á beneficio de un paso semejante.
Marcho entonces yo al Piratini en-
viado por el Presidente Oribe, para solici-
tar del Gobierno Republicano el desarme de
Rivera, y á pesar de que este se hallaba
protegido por Benito Manuel á quien los
republicanos debian servicios muy impor-
tantes. No habia ninguna clase de sim-
patia á su favor, y como nos considera-
ban muy fuertes, y esperasen algo de noso-
tros, el Gobierno se decidió á proceder contra
Rivera, una vez que se les diese alguna ga-
rantia que los pudiese á cubierto de las
notables inconsecuencias, que habian obser-
vado en nuestra administracion. Al efec-
to empezó á tomar sus providencias re-
forzando la Division de Canavarro que se
hallaba en Santa Ana: destinó al Coronel
Matthos, Ministro de la Guerra, para que
á la cabeza de aquella Division compuesta
de mil hombres, combinase con nuestro Pre-



12
sidente un plan para asegurar la empresa. Ve-
ne el virtuoso Mattos a Tacuarembó para te-
ner una entrevista con nuestro Presidente
y sufre el desaire de no ser admitido a su
presencia, intimándosele por conducto del
General Britos la orden para que regresase
inmediatamente a su Provincia. Yo quedé
sorprendido de semejante procedimiento, hasta
que me impuse de que S. E. en su viaje a
Montevideo en Agosto, habia mudado de Plan,
a consecuencia de haber enviado el Gobierno
para el Janeiro al Doctor D. Carlos Villade-
moros proponiendo hacer causa común para
hostilizar a los Paraguitas y a Rivera a true-
que que nos hiciese la Corte una cesion inmen-
sa de territorio. El Ministro Moxuma, en-
tretuvo una porcion de meses a nuestro Comisio-
nario, quien desengañado al fin de que no po-
dia conseguir pretensiones tan abultadas,
pidió sus pasaportes y se retiró. Quedó chas-
gado por consiguiente nuestro miserable Go-
bierno, y a mediados de Setiembre quiso el
Presidente ver si sacaba nuevamente astilla
de los Republicanos, valiéndose de Ismael
Suarez, y haciéndome dar ^{a algunos} galopes para ha-
blar con Guedes, Canavarro ^{La} pero ya estaba
muy desconfiada aquella jente; sin embargo
prometian tambien, mas pedian prendas.... Se
les dieron dos mil caballos de los comprados
en Entre Rios, y cuando ya debia marchar
con un escuadron para incorporarme a
Canavarro, se llenó de desconfianzas la cabe-
za del Presidente diciéndome que me iban

14/3
a sacrificar y no me quise permitir seguir
a Menar nuestros compromisos. Rivera habia
traslucido el golpe que se le preparaba, y
desesperado se avió a pasar el Cuareim
en Octubre con una division de 800 hombres, re-
gularmente organizados, y de los cuales algunos
fueron escopeados por las fuerzas de Cana-
varo antes de pasar el Cuareim. Salimos de
Tacuarembó a encontrarle con una Division
de 1300 hombres perfectamente armados y dis-
puestos, mas el Cielo dispuso humillar en
Yerutaja el orgullo del Presidente Crite. Nues-
tros Soldados estaban llenos de entusiasmo
y fuimos batidos sin pelear, porque solo al
General Gomez, al valiente entre los valientes,
se le podia ocurrir hacer una carga con la
torcedora en la mano, y el sable en la vaina.
El mandaba el costado derecho, quiso ser
el primero en arrollar al enemigo, sin saber
que no podia conseguirlo con la torcedora,
avanzo una cuadra mas adelante que el
resto de la linea ~~que observaba antes~~ y co-
mo fuese envuelto al hacer la descarga fue
lo bastante para que toda la linea que
observaba antes de llegar al encuentro el con-
traste de nuestra derecha se desmoralizase
y diese vuelta. El Presidente culpó al Co-
mandante Brum, y al numero 1.º cuando el
mismo no pudo evitar que el escuadron de
su escolta destinado al flanco derecho diese
vuelta vergonzosamente a dos cuadras del
enemigo. El General Gomez fue solito a incorpo-
rarse con D. Ignacio Crite en las puntas del



Lueguay, y los Jefes que se presentaron al Presidente en las puntas de Tacuarembó Chico con una fuerza reunida, fue el General Britos con cerca de 200 hombres y 100 y tantos que traía yo, como puede decirlo el Mayor D. Luis Herrera, el Comandante Quintana, y otros de los que me acompañaban. (a)

En las puntas de Batovi, nos unimos al 2º cuerpo que mandaba su hermano el General D. Ignacio y continuamos retirándonos hasta Luis Herrera, en donde fijó su Cuartel General y se aumentó el Ejército a más de dos mil hombres. Rivera había llegado al Durazno, y tenía casi igual fuerza: fuimos a buscarle y el 21 de Noviembre se dio la acción del Sr. Fzle. había pedido muchas veces al Presidente que eligiese un campo, que no tuviese obstáculo alguno para nuestra caballería a su frente, y que ordenase no se tirase un tiro antes de ser avorollada toda la línea enemiga, y en Cuadra le presenté un proyecto para una orden del día, o instrucciones que debía dar a sus Jefes, precabiendo todos los acontecimientos posibles. Efectivamente el ordenó algo, de lo que yo le había indicado, y al principio anduvo muy cauteloso con respecto al campo. Desplegamos en batalla en una altura excelente más de una legua del Durazno, y como se retirase la vanguardia del enemigo que teníamos al frente, avanzamos un cuarto de legua más, y

(a) En la acción de Yacutinga tomaron los enemigos las comunicaciones de D. Carlos Anaya Vice Presidente de la República al General en Jefe; en ellas se manifestaba el objeto de intimidar, y el resultado de su comisión al Tacuarembó, me consta que fueron a parar a manos de Benito Abascal. ¿Qué dirán los Republicanos de la buena fe que leía a nuestro Gobierno?

volvimos á formar en una posicion aun mejor ¹⁴⁶ (15)
en donde si él no fuese tan precipitado, Rivera
no tardaba un cuarto de hora en venirnos
á buscar, y estoy persuadido que hubiese
triunfado completamente toda nuestra linea;
mas Rivera hizo de nuevo retirar su vanguar-
dia para conducirnos al campo que tenia ele-
jido y que era poco menos que una fortaleza,
pues tenia asegurada su retaguardia por el
Yl, y su flanco por dos cañadas feisimas que
forman un pobrero en cuyo boca extendia su
linea. Marchamos hasta aquellas inmediaci-
nes y fué preciso desplegar la batalla en un
terreno sumamente doblado, y entre ranjas; una
de las cuales paralizó la carga de la Division
de la izquierda y parte de la del centro, y
dió mérito á que fuese envuelta, consiguiendo
triunfar completamente nuestra derecha y la
mayor parte del centro, que pudieron cargar
por el terreno mas parejo que era el plan de
la cuchilla. A pesar de la dispersion de
nuestra izquierda esa noche teniamos reuni-
dos sobre mil y quinientos hombres que frac-
cionados en dos cuerpos por uno y otro lado
del Yl para perseguir los dispersos, difícilmen-
te Rivera habria podido rehacerse; mas el
Presidente se contentó con marchar lenta-
mente hacia paso de los Toros y de allí á las
Averías dando lugar á que Rivera, repasase
el Rio Negro y fraccionase su fuerza toda
desarmada y sin monturas en partidas que
entraron á todos los pueblos para proveerse de
armas y de los demas artículos que necesitaban,
y para agarrar hombres con que aumentar



sus fibras. Nosotros seguíamos tras de él en (16)
masa, sin echarle encima siquiera una
división de vanguardia bien montada que
le incomodase. Finalmente cuando llegamos
a las inmediaciones de San Toré, él dio la
vuelta para el Durazno, y regresó al Norte
del Rio Negro, llevándose las mejores caballa-
das que había en el país, y bastantes re-
cursos que había sacado de los pueblos para
equipar y armar a sus soldados, con cuyo
fin estableció una herencia en el Queguay, que
se llevó del Durazno.

El Presidente puso su Cuartel Gene-
ral en el arroyo de la Cruz, apresó la reunión
en los Departamentos para engrosar el Ejército,
mandó acopiar caballadas, e hizo venir por mi
conducto a mi sobrina la mujer de D. Faustino
Lopez, y nos encargó escribiésemos a este
para que desertase del bando anárquico, y le
ofreciésemos a su nombre toda clase de se-
guridad: ambos lo hicimos apresurando todos
los medios para persuadirlo, y J. E. vio las car-
tas. Marchó a Igauembó con 150 hombres a
las órdenes del General Britos, por dos sol-
dados que se nos extraviaron la víspera de
nuestro arribo a aquel destino, escapó Santan-
der de ser sorprendido y cuando regresaba-
mos por la costa del Rio Negro para incorpo-
rarnos al ejército que iba en marcha hacia
Navarro, me escribió el Presidente dicién-
dome que al pasar por la inmediaciones del
Palmar de Porua, en donde se hallaba
Faustino Lopez al mando de la vanguardia
de Rivera, me esforzase en entenderme con él.

para atraerle a nuestro partido, ofreciéndole ¹⁷
toda clase de garantías: conseguí en efecto
hacer llegar una carta mía a sus manos,
y el no tardó en presentarse al Gob.^o ~~en~~ Mon-
tevidéo quien impuesto de mi carta le conside-
ró como debía; mas no así el Presidente que
en el acto que tuvo aviso de haberse presen-
tado Faustino Lopez le mandó remachar una
barra de grillos y meterlo en el fronton sin que
fuesen bastantes para hacerle respetar el cum-
plimiento de su palabra mis enérgicas recla-
maciones (Los documentos originales que encier-
ra la carpeta N.º 2 manifiestan palpa blemen-
te esta traición injustificable) Quien sabe
que habría sido de Rivera, si el Presiden-
te, inspirándole confianza a Faustino Lopez,
lo pone al frente de sus aranzadas: basta
saber que la mayor parte de los Orientales,
que estaban en las filas de Rivera, habían
sido conducidos por el prestigio de este hombre,
y que muchos de ellos esperaban sus órdenes
para volverse; quien sabe hasta donde po-
día yo haber influido, con otros jefes con quienes
tenía las mejores relaciones, sino hubiese ido
tan mal en mi primer ensayo. El Presidente
me trató de abreviado en presencia del Coronel
Lapido por haberle exigido el cumplimiento
de su palabra en mi último escrito, me negó
el habla una porción de días, y al fin para
hacerme admitir el empleo de Jefe de Est. G.
del Ejército me prometió que iba a poner
en libertad a Lopez, luego que recibiese una
información que había mandado levantar en



San José, lo que no cumplió jamás, ¹⁴⁹ y ^{Lopez} (18) se vió en la necesidad de fugar con otros presos de la Isla de Patas, y presentarse nuevamente a Rivera quien le ocupó por considerarlo enemigo mortal de Oribe.

En Navarro nos incorporamos al Ejército que se componía de mas de dos mil y quinientos hombres. Marchamos hasta las puntas del Arroyo Grande y cuando al día siguiente esperábamos dar una batalla, se eva de Rivera esa noche pasando el Arroyo Grande en un picada y se dirigió otra vez al centro del Estado: a la madrugada nos trajo el parte un espía que hacía días teníamos entre el enemigo. En vano algunos jefes instaron al Presidente mandase una vanguardia bien montada, para que nos diese si quiera noticias de la direccion que llevaba el enemigo, ocultase nuestra marcha, y no le permitiera si elfracionarse, todo fué en vano el Presidente quería tener a su lado todo el Ejército en masa; y Rivera en cuanto pasó el Rio Negro, volvió a fraccionarse: destinó a Medina por los puertos de la costa, a Aguirre con direccion a San José y él siguió por el Durazno, señalándoles para punto de reunion el Arroyo de la Virgen. Al aproximarnos al Arroyo Grande, el Presidente me dijo que hubiese o no una batalla yo marcharía dentro de cuatro dias con un escuadron a Tacuarembó, con el fin de tomar a sueldo del Estado un trozo de emigrados de la Provincia Limitrofe porque des-

tado de la frontera lo exigía, y porque ¹⁹debía
nos reportar mil ventajas con este paso: esto
mismo escribió él, á algunas autoridades con
quien debía entenderse, y me ordenó lo partici-
pare yo á mis amigos; pero á pesar de las
insinuaciones que le hice después, nunca quise
llevar al cabo este proyecto, sin duda porque
consideraba aun pocos todos los hombres que
le acompañaban. Si yo hubiese marchado en-
tonces en ocho días debía tener al menos 400 hom-
bres: Rivera hubiera perdido todos los depósitos
que tenía sobre el Arapey y el Cuareim; se-
le habrían desecho los pequeños grupos que
los custodiaban y poniéndome á las órdenes
del General Garzon, cuando regresó Rivera
al otro lado del Rio Negro, talvez encontra-
se una Division capaz de batirlo, ó al me-
nos que mucho lo incomodase; pero ya he di-
cho que el Presidente no quería desprender-
se de un solo hombre del Ejército, sin repa-
rar en las ventajas que sacaba su oposi-
tor con un sistema diametralmente opues-
to, y esperaba todo de una batalla que su
contrario no quería admitir con desventaja.
Cuando tenía movilidad bastante para era-
diverse continuamente.

Seguimos nosotros con marchas muy
forzadas sobre Rivera, y llegamos al Duraz-
no pocas horas después que él había salido
de allí con direccion á la Florida; todos creía-
mos que se activaría nuestra marcha, pero
fue al contrario en la costa de Muciel estu-
vimos algunos días: se pretextó que aquella



demora la había ocasionado el mal estado ⁵¹ (20
de nuestras caballadas, mas cuantos allí se
hallaron saben que esto no es exacto, pues es-
tábamos regularmente montados, máxime cuan-
do ya era poco lo que teníamos que andar
siguiendo para privar al enemigo que se
presentase ante la Capital. Rivera aprove-
chándose de nuestra inesperada estacion en
Maciel, reunió sus fuerzas, y las desplegó al
frente de Montevideo para abatir a los ami-
gos del Gobierno y hacer ostentacion de su
poder. Marchamos al fin siguiendo sus hue-
llas, y con dos jornadas que hizo en direccion
al Departamento de Maldonado, engaña al
Presidente que le iba buscando a Minas,
y se sale por Canelones con direccion a
San José. El Presidente quedó muy abatido
con este chasco que no le habría sucedido si
tuviese una vanguardia que le siguiese los
pasos a Rivera, y desde entonces pensó en
separarse del Ejército. En Arias comunicó
este proyecto a su hermano D. Ignacio quien
lo apoyó al instante, mas habiéndole iniciado
que el mando en Cefe, debía quedar al Gene-
ral Lavalleja como Brigadier mas antiguo;
dijo que estaba conforme, mas que antes espe-
raba se le concediese también a él su sepa-
racion: en el inter quedó el ejército en inac-
cion una porcion de dias, y Rivera tutto
tiempo de retirarse con la mayor lentitud
sacando de nuevo cuantos recursos quiso de
todos los pueblos y empeñándose en catequi-
zar a todos los vecinos aun a los amigos del Gobierno.

Marchamos al fin hasta el arroyo (21)
yo de la Virgen a donde fue D. Juan M.^a Pérez
con otros sujetos para instar al Presidente de-
jase el mando del ejército y reconciliar al
General D. Ignacio Oribe con el General Britos
que se decía estaban desavenidos: ambos jefes
se explicaron delante de D. Juan M.^a Pérez
y del mismo Presidente. Dijo el Sr. Pérez
francamente las púvolas razones que expuso
D. Ignacio Oribe para su enemistad con
Britos, finalmente no alegó otra que la
falta que le hizo una internada de caballos
que había en el Rincon de Cardozo del otro
lado del Rio Negro, en su marcha para
el Guayaquil, antes de la acción de Yacutija,
de cuya internada había dispuesto el Presi-
dente y no Britos como él lo suponía gratui-
tamente. Se manifestó satisfecho con las ex-
plicaciones que se le dieron, y el Presidente se
resuelve a entregar el mando del ejército al
General Oribe. Me ordena hiciere la circular
a los Departamentos, participando a los Jefes
de ellos su determinación: yo felicite confiden-
cial y reservadamente al General Oribe, este
aparentando mucha modestia me dijo que ig-
noraba semejante disposición, mas estrañándole
yo, que de mí se reservase, sabiendo que hacía
las funciones de Secretario de S. E. me dijo lleno
de orgullo que lo que sentía era no recibir
del ejército en peor estado, y en circunstancias
mas apuradas, para hacer conocer a todo el
mundo lo que valía, y asegurándose que dentro
de cuarenta dias, iba a concluir la campaña. La se-



paracion del Presidente que se efectuó ^{en} Man (22)
destinamente en la costa de San José, sin despe-
dirse ni aun siquiera de los Jefes, empezó a
desmilitar el ejército. El Comandante Laura
ya no quería salir de su Departamento, D. Ma-
cedonio Larrosa, D. Doroteo Velez, y otros Jefes
de la Guardia Nacional, ya no quisieron volver
al ejército desde que supieron a que manos se ha-
bia confiado la suerte de la Republica. Empezó
a sentirse una desercion escandalosa, y a los 15
dias el General en Jefe, que me habia hecho tan-
ta ostentacion de su poder, estaba desesperado,
y no hablaba sino de renunciar, quejándose de
su hermano, que lo habia ~~engañado~~ comprometido
y engañado completamente. Marchamos lenta-
mente hasta Raciol en donde estuvimos un
mes sin hacer nada, sufriendo los insultos que
nos hacian las partidas de Rivera sobre nuestro
campo, hasta acuchillarnos los abastecedores que
fueron a buscar reses, a la estancia de D. Estu-
nio Fernandez una legua distante del Cuartel
General. Al fin por la influencia de sus amigos,
el Coronel Laura, volvió a incorporarse al ejército.
Reunieron tambien algunos oficiales que habian salido
a reunirse junte aunque con muy pocos hombres, y sa-
biendo que Rivera se hallaba a la inmediacion
del Durazno con una division de 500 hombres, deter-
minó el General en Jefe hacer una marcha preci-
pitada para sorprenderle, con todo el ejército, y
cuando Rivera tenía guardias en todos los pasos
del Yí se dirigió al paso principal del Durazno,
en donde naturalmente debía tener mas vigilancia,
así es que fuimos sentidos al momento, y aunque

fué acuchillada la guardia, Rivera que ^{estaba} (23)
de allí dos leguas tuvo tiempo de ponerse en
retirada: seguimos nosotros al trote y galope
tras de él, sobre cuatro leguas, allí se acabó
de arruinar nuestra caballería de reserva, en
la que habíamos marchado toda la noche sin
sacarle los frenos. Es increíble el desorden en
que marchaban nuestras divisiones una por un
lado, otra por otro: si Rivera volviendo caras
consiguiera arrollar nuestra vanguardia, tal vez
hubiésemos tenido un gran contraste. La infan-
tería que debía haber quedado en el paso del
Durazno, también seguía en unos pequeños pla-
cos al galope, sin servir para otra cosa que
para entorpecer nuestra marcha, mas el General
quiso exceder a su hermano, en el famoso pro-
yecto de no dividir su fuerza jamás, así es
que consideró precisa hasta una infantería
muy mal montada, para perseguir una divi-
sión ligera de caballería. Al fin hicimos alto,
y desde entonces se autorizó a la tropa, para
que saliesen a bolear caballos en las manan-
das de los vecinos, dando el ejemplo el mismo
General en Jefe y sus ayudantes a pretexto
de que estábamos enteramente a pie: entonces
si que se volvió aquello un infierno, se desha-
cía la formación en las marchas, y todo se
convirtió en montonera. Bien pronto se con-
vió el General en Jefe, que para un caballo que
se agarraba con bolas, se inutilizaban seis de
los mejores que teníamos: dispuso hacerlos tomar
en los corrales y quiso hacer volver a su ejército
al orden; mas quanto trabajo cuesta destruir un
vicio imprudentemente autorizado.



Nos retiramos a Fejira, el día 24
Gobierno los caballos artículo de guerra, se man-
dó pasar la escoba en todos los Departamentos para
montar el ejército vinieron muchas caballadas
de las cuales por falta de método algunos for-
maron tropillas para mandar a sus casas: con
el fin de evitar este y otros desórdenes, presen-
té al General en Jefe el proyecto para una or-
ganización provisional del ejército que manifes-
tan los documentos N.º 3 me prometió adaptar-
lo: dijo a los Generales Britos y Gomez que esta-
ba muy satisfecho de mis trabajos, y cuando
yo lo hostigaba para hacer el arreglo, me con-
testó que lo haría la víspera de una batalla,
que era lo mismo que decirme que no quería
hacerlo. El Ministro de la Guerra, el General
Solís y otros militares a quienes, manifesté
después este documento quedaron convencidos no
solo de su utilidad, sino de su indispensable
adopción, al ver que se hallaba completa-
te desorganizado el ejército para abrir la cam-
paña: el escuadrón del Comandte D. Terencio
Olivera no alcanzaba a 20 hombres y tenía 7 ofi-
ciales, en el mismo estado se hallaban casi to-
dos los demás cuerpos que componían el ejército,
y cada uno de ellos tenía dos o mas caballadas
en cuyo cuidado empleaba casi toda su fuer-
za. Es constante que cuando pasamos el Rio
Negro llevábamos mas de 7 mil caballos, y al
Norte de aquel Rio, fué cuando se montó bien
el ejército: A qué General de mediana capaci-
dad se le podía ocurrir llevar un peso tan
enorme que no le servía sino para ocupar los
soldados que necesitaba en las filas, máxime

cuando podia haber dejado algunas invencidas ⁵⁶ (25)
para no destruir completamente un articulo
de primera necesidad y ya tan escaso en el
pais? Con que esperanza pues habia de tra-
bajar yo en beneficio de mi pais, a' las ordenes
de un hombre, que, a' pesar de conocer la utili-
dad de las medidas que le propuse, no querian
adoptarlas, solo porque no eran el parto de su
mal organizada cabeza.

En Mayo solicite' permiso para venir,
a Montevideo porque asuntos de grande interes
para mi familia me llamaban, para ^{a mis amigos} infundir
del estado del ejército y para que ellos trabaja-
sen en mejorar su situacion. Al General Soler,
al Comandante Chenaut, a los Representantes
Pinilla y Rivarola, en fin a todos mis ami-
gos, vaticine' los mas tristes resultados: les dije
que solo la Providencia y el valor de nuestros
soldados podrian darnos un triunfo: algunos me
aconsejaron que no volviere, mas yo habia pro-
metido a mis hermanos y a mis amigos el regre-
sar, y volvi al momento para seguir la suerte
de mis companeros de armas. Alcanse' el ejército
en las Conchas con direccion al paso de Busti-
nos, allí hablé' mucho con el General, le dije que
si deseaba ponerse en contacto con el General
Lavalleja para asegurar el triunfo del Ejército
debíamos pasar el Rio Negro muy abajo, tomar
la costa del Uruguay Grande o D. Esteban, y espe-
rar a Lavalleja por el Uruguay Negro, pues en
la direccion que llevabamos Rivera quedaba
interpuesto entre una y otra fuerza, y podia
haber por separado a la que mejor le conviniese:
le pedi' que no facilitase a Rivera, que considerase



íbamos á buscarle á su casa, y que por ⁵veces (26) siguiente se hallaba en el caso de reunir para dar una batalla cuantos hombres le pertenecían, razón porque debíamos suponerle una superioridad numérica: le supliqué sobre todo que no le hiciese el gusto de pelearlo en el lugar que él le designase, sino en un campo llano, y sin obstáculos ningunos al frente. Me contestó que Rivera no nos esperaba, que nunca le haría el gusto de ^{pelearlo} en campo elegido por él y que el General Lavalleja debía incorporarse con nosotros por Salsipuedes ó Averías, en cumplimiento de las órdenes que le había impartido, y que aquel día nunca recibió. Yo ví que aquel hombre desatinaba, y que la incorporación de Lavalleja era impracticable, á no ser que pasase con la poca fuerza que tenía por encima de Rivera, y desde Salsipuedes escribí al Comandante Chénaut, dándole mi opinión en este sentido. De esta carta tuvo noticia el Gobierno y me sacaron el cuero algunos de su círculo hasta que la noticia de la acción del Palmar justificó mis aseveraciones, y convenció á mis amigos que yo les había dicho siempre la verdad. Pasamos el Rio Negro en Bustillos y finalizó el mes de Mayo, que el General en Jefe nos aseguraba era de mal agüero para él, porque en aquel mes había caído prisionero, le habían muerto al teniente Cha, uno de su escolta, había perdido una rodada y tenido siempre muchas desgracias; y entró en la guerra en el que tenía entera confianza, y seguridad de triunfar con la mitad menos

de fuerza, una vez que puese nubes ó ⁵⁸infiar (27)
el día de la pelea. Sus edecanos y todos los ofi-
ciales del ejército saben que de estas simplezas
hacia alarde, con la mayor formalidad y cir-
cumpección, y estoy seguro no habrá uno que
no se ría cuando le hago este recuerdo; sin em-
bargo este hombre tuvo la imparidez de decirme
un día que se consideraba el mejor General
de la América del Sud, y que conservaba
con consigo una carta del General Albeare,
en que le decía: "Es Vd mi Ayudante el
mejor General de la América" refiriéndose a la
campana del año 36.

El día 7 a la tarde campamos en
las puntas de los Tres árboles, y descubierta por
nuestras avanzadas una fuerza como de 300 hom-
bres en la falda de la Cuchilla Grande una le-
gua distante de nuestro campo mandó el Gene-
ral en Jefe salir al General Gomez que lo
persiguió como tres leguas, hasta las puntas
de las Avenidas, matándole un oficial e hirién-
doles algunos hombres. El General Gomez regre-
só a las nueve de la noche, y el General en
Jefe mandó tocar diana a aquellas horas
por un suceso tan insignificante. Marchamos
el 9 a las Avenidas, por que día por no movía
su campo el General temiendo ser comprome-
tido a pelear sobre la marcha: esa noche no
nos avanzaron una guardia y nos mataron
dos hombres las partidas de Rivera: subsistimos
en el mismo lugar el 10 y el 11 marchamos a
las puntas de El Arroyo Grande, teniendo siempre
a la vista las partidas de Rivera; el 12 mar-



chamos aunque dia por dia porque estaban ⁵⁹ (28)
en la falda de Cuchilla y no teniamos tema:
seguimos con direccion al Arroyo de Santa Ana,
faldeando la Cuchilla Grande por las caidas al
Queguay, y como a las once de la mañana unas
partidas enemigas empezaron a hostear nuestra
vanguardia, al abrigo de unas quebradas que
forma el Cerro de Santa Ana en las pun-
tas del principal gajo del Arroyo Grande. El
General mando hacer cabeza de columna a la
izquierda, dirigiéndose al Cerro con todo el Ejér-
cito para descubrir aquel terreno. Efectivamente
aquella altura domina todos sus alrededores en
el espacio de algunas leguas: la vanguardia ene-
miga que ocupaba aquella posicion, bajo lenta-
mente en direccion al Palmar que dista de
alli como una legua, y a su falda se veia
formado todo el ejército de Rivera en batalla,
asi que el General en Cefe lo vió, mando des-
plegar todo su ejército sobre el mismo Cerro,
y a la orilla de un barranco mucho mas alto
^{de las miradas de} que la Ciudadela, con la seguridad de que por
su frente no podia atacar ni ser batido, y
echando el anejo sobre la linea enemiga, se
pasó el resto del dia, sin mandar sacar los
fuegos, sin acordarse que tenia que dar de co-
mer y proporcionar descanso a sus soldados y
que aun distaba dos leguas el Arroyo donde debia-
mos campar. Nosotros nos haciamos cruces, pre-
guntandonos mutuamente en que pensaria el
General. En vano fui ~~dos~~ dos o tres veces a
tomar sus órdenes, a decirle que era tarde, y
que designase el lugar donde debiamos

campar, para reconstruirlo antes que fuese ⁽²⁹⁾ de noche, para poder acomodar las divisiones cuando él me lo ordenase. Me contestó que no fuese afligido, que él ya tenía elegido el terreno, y que después me lo mostraría. Llegó finalmente la noche, y con ella una tormenta de mucha, entonces me ordenó que habíamos de quedar con los caballos de la rienda, en la misma posición en que estábamos, te hice presente que era muy expuesta nuestra situación, pues los únicos puntos por donde podíamos ser atacados, eran exactamente adonde estaban los flancos derecho e izquierdo de nuestra línea; te dije que formando en dos cuerpos, uno que apoyase su derecha, y el otro ^{a su izquierda} sobre el barranco que teníamos al frente, sacábamos todas las ventajas posibles del terreno, y hasta se convertía en una fortaleza nuestra posición, pues asegurando un flanco sobre el barranco, el otro no estaba por un terreno sumamente escabroso, que forman las vertientes que del Cerro de Santa Ana, bajan para el Guayaquil, en cuyo terreno colocadas algunas guardias, formábamos un cuadro, y en su centro podíamos meter caballos, cañones &c. El General no quiso dar oído a mis proposiciones, asegurándome que estábamos perfectamente. Digan todos los que allí se hallaron si no fue este el orden en que campamos la noche del 12 de Junio; y formese juicio de la cabeza de un General que teniendo una muralla en donde apoyar su retaguardia, o sus flancos, forma con el frente a ella, agrupa sobre su retaguardia



(30)
Todas sus caballadas y bagajes, y presentaba su línea de flanco, por los dos puntos por donde únicamente podía atacarle el enemigo que era la Quechilla de Santa Ana, cuya dirección seguía nuestra línea, pues estaba formado el ejército sobre el camino real que pasa por la orilla del barranco, que tiene de largo como 20 ó 30 cuabras. Si Rivera hubiese emprendido un ataque falso sobre nuestro ~~ejército~~ campo, nuestras caballadas mismas nos echaban en un despeñadero, por donde no pueden subir ni venados: felizmente nada aconteció y amaneció el día que yo esperaba con ansia.

Seguimos el 13 por el camino real con dirección al Arroyo de Santa Ana: Rivera marchaba en la misma dirección, á distancia como de una legua sobre nuestros flancos izquierdo, y poco antes de llegar á la costa anegó cargar nuestra retaguardia. El ejército nuestro desplegó entonces en muy buen orden, y sobre un lindo terreno, y deseaba que Rivera nos hubiese atacado, mas no fue así, siguió en marcha hacia las puntas de Santa Ana y nosotros nos dirigimos á la barra del mismo arroyo, y campamos sobre la costa del Queguay, en donde estuvimos hasta el día 15, y no sobre el Arroyo de Santa Ana, como dice el General en Cefe en su parte sobre la acción de aquel día. El 14 Rivera nos presentó batalla en el Plincon de Fraga, nosotros formamos también, mas teníamos por medio el Arroyo de Santa Ana, cuyo pasaje no quise emprender.

una ni otra fuerza á la inmediación de ²²San (31)
contrario á pesar de que el paso era bastan-
te espacioso, y mil veces mejor, que el en que
pasamos el día siguiente y teniendo al ene-
migo mucho mas inmediato á él: Nuestra ca-
ballada se mantenía constantemente ensillada
y en muy pocos momentos se le quitaban los
frenos: esa noche nos echaron algunos ani-
males con cueros á la cola, y nos hicieron
disparar algunas caballadas. En fin amaneció
el 15, el General en Jefe se le alborotaron
los pájaros y se decidió á buscar á Rivera,
y batirlo en cualesquier paraje, asegurándonos
el triunfo porque era día impar, y de tres
santos San Víctor, San Modesto, San Crescen-
cio, de cuyo incidente él formaba la alegoría
de que los tres santos eran los tres Generales
que habia en el ejército, y que su signifi-
cado era Victoria por el General en Jefe, con
modestia, y crecerá; en estos terminos
se expresó delante de los Generales Britos y
Gomez y de mas de 30 oficiales que estábamos
en aquel círculo. El comandante D. Peronimo
de Cáceres le observó, que sino sería mejor
no hacerle el gusto á Rivera, pues estaba
visto que lo que quería era conducirnos al
Palmar; y el General en Jefe, contestó: eso
quisieran algunos para tratarme ^{después} de cobarde;
pero yo tengo cota copada, y si Vd. quiere
tenga á tomar el mando del ejército que yo
me iré á mandar el 2.º cuerpo. Nosotros no
hacíamos mas que mirarnos unos á otros rien-
do que aquel hombre no estaba en su juicio;



y efectivamente a poco rato manda ³²pasar el cuerpo en columnas por mitades, y al galope sin considerar que su ejército podía ser batido antes de desplegar, pues el empeño con que la vanguardia del enemigo defendía el paso, debíamos persuadirnos que estaba sostenida por todo el ejército enemigo, que acababa de ocultarse en un boj, del cual no había ocho cuadradas al referido paso. Fue preciso con nuestra infantería hacer retirar al enemigo de paso, y sin descubrir ni seis cuadradas de terreno al frente, ya nuestro ejército estaba desplegando en la margen opuesta, mas con tal precipitación, y en tal desorden, que allí se transformó hasta la colocación que el General en Jefe había dado a las divisiones desde mucho antes para formar la línea.

El 2º cuerpo que era la división de la izquierda, vino a quedar en el centro y formando por inversión: la división del General Gomez que era la del centro quedó a la izquierda, también formando en orden inverso, y solo el General Britos ocupó su puesto que era la derecha, y formó en orden natural. El escuadrón de Borches que se componía de 150 soldados escogidos en la división del General Britos, a quien había prometido siempre el General en Jefe, que el escuadrón lo pondría a sus órdenes para proteger su derecha y flanquear al enemigo, lo destinó en aquel instante a hacer el mismo servicio sobre el flanco izquierdo del General Gomez, y dejó a Britos, sin ninguna

reserva ni flanqueadores, pues hasta la ⁶⁴ (33)
colta de General en Jefe única reserva que
tenia toda la linea la colocó á retaguar
dela del General Gomez; la infantería sacán-
dola de la posicion que tenia detallada en
la linea la puso treinta pasos á vanguar-
dia de la division del General Gomez, así que
cuando rompió el fuego la infantería enemiga
sobre la nuestra, todas las balas que pasaban
por alto servian para fusilar á pie firme
nuestros soldados de caballería lo que no pudie-
ron sufrir esos valientes de la Guardia Nacio-
nal de San José, y empezaron á desordenarse
y deshacer la formacion; observado esto por
la derecha del enemigo montada en cordillos
se vino á la carga. El General Gomez oblicuan-
do sobre la izquierda, para no llevarse por
delante nuestros infantes, salió á encontrar
al enemigo, y así mismo el escuadron del Du-
razno que estaba á la derecha no pudiendo
salvar la infantería formó un peloton y car-
gó. La mayor parte de la Division de
Gomez avoró al enemigo, mas el enemigo to-
mo por delante tambien una parte de la
misma division. A proteger esta fuerza car-
gó Dⁿ Basilio Muñoz con la escolta y con-
siguió hacer retroceder al enemigo, á ese tiem-
po se movia toda la linea del enemigo
sobre nuestra derecha y centro. El General Pri-
to estaba en un bajo, de donde no podia ver
el movimiento del enemigo que le venia car-
gando, mas prevenido por mí, que lo habia
visto desde la altura, mandó saltarle al en-



5/34
cuentro, mas no tuvo tiempo bastante para
hacer tomar el aire fresco a su division
cuando recibio la carga del enemigo, y a pesar
de que nuestros soldados recién dejaban el trote
la mayor parte de ellos arrollaron cuanto en-
contraron a su frente. Mas el enemigo cuya
línea tenía mucha mas estension que la nues-
tra, no porque fuese mayor su número sino
porque habia dejado los intervalos precisos en-
tre escuadrones y divisiones, al paso que noso-
tros estábamos unos encima de otros, y sin in-
tervalos ningunos, consiguió rebasar nuestra
derecha con cerca de doscientos hombres, los cua-
les no teniendo con quien pelear a su frente
conversaron por la derecha y entraron por re-
taguardia a los escuadrones de línea, que
formaban nuestra ala derecha, razon porque
fueron envueltos como lo hubieran sido los
mejores soldados del mundo. Sin embargo
el General en Jefe dice en su parte que
fueron vergonzosamente, y confiesa que
fueron flanqueados, desconociendo que el que
hace esta operacion en la guerra debe triun-
far. Si hubiese dejado el escuadron de
Barriles en nuestra derecha la division de
Brillos no habria sido flanqueada, y tal-
vez ella hubiese asegurado el triunfo del
Ejército; mas el General en Jefe lo que quie-
ra sacrificar a aquel benemérito Jefe, aun-
que al Pais se lo llevase el Diabolo, y está
seguro que no se paró en medios para con-
seguirlo. Tambien dijo en su parte que solo

el 2.^o cuerpo fue el único que arrolló cuanto ⁶ tenía a su frente, y todos saben que aunque parte de esta división consiguió triunfar, también fue de las tres, la que sufrió mayor descalabro en el primer encuentro: D. Tomás Gómez con parte de ella rompió la línea del enemigo; mas el Jefe que era D. Agustín Muñoz, a quien todos conocemos por valiente, salió con la mayor parte disperso desde el primer choque: Pero el General en Jefe tuvo siempre una pasión desordenada por el 2.^o cuerpo, que creía pertenecerle exclusivamente porque había matado su jefe y no es extraño que mintiese para darle gloria, cuando tuvo la imparidez de decir en su mismo parte que toda la infantería enemiga había quedado muerta en el campo de batalla, es constante que no fueron sino tres los que murieron de aquella arma, y así son todas las verdades que estampa en su descalabrado parte. Tiene la desvergüenza de acriminar al General Britos por su conducta militar en la batalla, cuando el General Britos cargó con espada en mano al frente de su División, arrolló al enemigo y se mantuvo en el campo de batalla, hasta que él mismo consiguió dispersarlo, pues en los momentos en que iba persiguiendo los únicos enemigos que habían quedado en el campo, llega su Ayudante Fernández, alias redija de lana, diciendo a gritos de parte del General en Jefe, que hiciese alto porque una columna del enemigo le flanqueaba, siendo esta columna alguna de la jente



61/30
que había reunido el Coronel Laura; aquella
orden impudente y comunicada de tal mo-
do paralizó la acción del Gral Britos, y ob-
servada por el enemigo la inesperada desmo-
ratización de la fuerza que le perseguía, con-
siguió rehacerse y cargar de nuevo para ad-
quirir el triunfo. Los certificados que encierra
la carpeta N.º 3 manifiestan que el General
Britos cumplió con su deber en cuanto le
fue posible, los enemigos mismos le hacen es-
ta justicia; ¿Quién no se indignará al ver
que ese hombre tan funesto a la Patria, que
se denigra al General Britos del modo
que lo hace en su comunicación al Gobierno
sin acordarse que el tiró el sombrero y hasta
una rica divisa que tenía a media espalda
(pues de otro modo no se le podía caer) para
hacerse el desconocido, y después dice que andu-
vo entre las filas de Rivera sobre un cuarto
de hora, mandando a la carga? ¿Cuánto me-
jor no hubiera sido encerrar en un hospital
a un loco semejante, a un loco malo, que con-
fiarle los destinos de la Patria?

Continuemos su historia: llega a
Pisandú derrotado, insulta al género hu-
mano, y después de echar mil bravatas no
le oye hablar sino de transacciones: disuel-
te arbitrariamente y sin orden del Gobierno
los restos del ejército y se presenta en Montevideo
todo atufado para darse importancia,
queriendo presentarse al Gobierno ni aun
a su hermano, a quien hostigó finalmente
para que hiciese la paz: renuncia el mando

del ejército, y aun despues de admitida ⁶⁸ la (37) renuencia empezara a dar el nombramiento de Jefes, con fechas anteriores a algunos oficiales píos, los que iban a burlarse de él, burlándole su amor propio: allí se improvisaron los mayores Bermudez, Tentura Coronel y otros, de cuyos ascensos en tiempos no tenía conocimiento el E. M. del Ejército. Es verdad que el General siempre fué prodigo para dar empleos, pero es escandaloso que los diese cuando no tenía autoridad. En los 20 dias antes de la batalla hizo ascender a mas de 60 oficiales como lo manifiestan las ordenes del Ejército: al alférez Etnaritarbe lo hizo capitán de golpe y zumbido: si esto lo hacia en la víspera de una batalla, que hubiese sido despues si conseguimos triunfar: toda la baraja se volvia ases sin remedio.

El 1.º de Julio al llegar a Monterideo, muere mi infortunado hermano político el General Britos, p.º muere en que circunstancias y de que forma, en los momentos en que iba a confundir a sus detractores, y a consecuencia de los disgustos que le habian ocasionado su adversario, y del abandono con que lo respaldó de Paisandú, pues ni transporte le proporcionó el General Oribe, y Britos tuvo que empeñarse con un amigo para alistar una ballenera que le condujo por cuatro leguas hasta el Obrenal Grande, sufriendo al paso, enfermo y sin recursos todo el rigor de la estación.

El Gobierno para escurrirse contra algunas acriminaciones dispuso



69 (38)
se le hiciese la autopsia, a' pesar de la opor-
cion que hicimos sus deudos: los médicos alu' re-
con una grande irritacion origen del emponzo-
namiento del alma, y el pueblo de Monterideo,
justamente indignado, vió enterrar a' un Gene-
ral de la Republica, a' un soldado benemérito,
a' un ciudadano distinguido a' quien se ha-
bian tributado pocos meses antes tantos elojios,
sin que se le hicieran los honores correspon-
dientes a' su clase, y sin mas acompañamiento
que sus deudos y una docena de amigos.

No ansioso de que no quedase
sepultada con su cadaver la reputacion mili-
tar de mi desgraciado amigo, me presente
al Gobierno como tutor de su hija, solicitando
la vindicacion de su padre, y el esclarecimien-
to del parte de S. E. el General en Jefe, para
cuyo fin se hallaban en mi poder todos los
documentos que me habia legado en sus il-
timos instantes el Gral. Britos por conduc-
to de su ayudante D. Santiago Davila. El
Gobierno procuró por todos medios entorpecer
el curso de mi pretension, como consta en el
expediente que encierra la carpeta N.º 4, mas
acordome tenaz en la empresa, ^{me propone} la Coman-
dancia General de la Frontera en cuya co-
mision yo esperaba prestar servicios muy
interesantes al Pais en las circunstancias
criticas en que se hallaba, y olvidando mis
intereses particulares y los de mi familia pre-
sente un proyecto al Gobierno para que me
auxiliase con lo que era absolutamente indis-
pensable para hacer algo en el destino

que se me confiaba. El Gobierno aceptó⁷⁰ (39)
mi proposición, me ofreció todos los recursos y
cuando estaban prontos los transportes y yo
había comprometido ocho oficiales y una porción
de hombres para que me acompañasen me en-
tregó mesquinamente la cuarta parte de los
fusiles que yo había pedido, y ni un paso en
plata, diciéndome que al General Lavalleja, a
quien se le acababa de hacer una remesa con-
siderable de este artículo, se le ordenaba en
comunicación que se me entregó cerrada, me
proporcionase la cantidad que yo necesitaba.
Yo no ojeé de desconfiar a vista de se-
mejante procedimiento, mas con el deseo de ser
útil a mi País, y con la esperanza en mis
buenas relaciones sobre el local a que se me
destinaba, cerré los ojos y me embarqué para
Paisandú en el pailebot Feliciano, en el cual iba
también D. Pedro Salto Sierra, comisionado
por el Gobierno para pasar hasta el campo
de Rivera. Mas cual fue mi sorpresa al
ver a Paisandú cuando el General Laval-
leja nos impuso a Sierra y a mí, que te-
nía órdenes del Gobierno para no permitir
que aquel pasase al campo de Rivera a con-
cluir su comisión, ni a mí seguir al destino
para donde había sido despatchado, sino al
contrario detenerme con los hombres que
se acompañaban a sus inmediatas órdenes
hasta que se abriese la campaña. El General La-
valleja tuvo la bondad de satisfacernos nos-
trándonos las comunicaciones originales que
debíamos de entregarle, y que reconoció ser



escritas por D. Joaquín Revillo y firma^{11/40}
das por D. Samuel Crite. Desde entonces so-
licitamos ambos permisos para regresar á
la Capital, que se nos concedió después de
tenernos detenidos algunos dias, y haciéndome
desembarcar antes los hombres que me acompa-
ñaban, los cuales agregé á su escolta el Ge-
neral Lavateja. Llegó á Montevideo y me
dirigió al Fuerte, el Presidente por sorpren-
dió á mi vista y me preguntó delante de
sus Ministros cual era el motivo de mi
vuelta: yo le infuse que el General Lava-
teja me habia privado seguir á mi desti-
no, e igualmente á D. Pedro Pablo Sierra,
tratando que tenía órdenes de S. E. El se
manifestó muy incomodado con el General La-
vateja, diciendo que no hacia mas que compro-
meterlo, y aseguró con la mayor imparidez,
delante de sus Ministros que no habia da-
do semejantes órdenes: D. Juan Benito Blán-
co y D. Antonio Diaz pueden decir si
esto es cierto, y D. Juan Antonio Lavateja,
tal vez conserve las comunicaciones que yo
no quise decirle que habia visto originales,
por no dejarlo en ridiculo delante de aque-
llos Señores y por no comprometer al Gene-
ral Lavateja que nos las habia manifes-
tado en confianza. Me pidió ocultase
todo al público, e hiciese creer que habia
regresado en comision. Sin embargo yo no
podia ser indiferente al chasco que me
habia dado quejaba públicamente de
una burla tan pesada. Esto fué lo bastante

para que me mandase dar de baja ¹²arbitrariamente y sin forma de proceso, previ-
niéndome antes por conducto de mi hermano
D. Gerónimo de Cáceres que no me pudiese
en su presencia: hizo entender a los de
su círculo que yo me había rendido por
tres mil pesos, porque le pedí me expusiese
de dictaminar en la causa que me había
mandado formar contra los presuntos reos
en la conjuración del cinco de Octubre; porque
no podía hacer una definición exacta de
las pruebas, hallándose inconfesos los acusa-
dos, y porque tenía nombrada una Comisión
militar para juzgar crímenes de esta cla-
se. Con esta calumnia se creyó autorizado
a hermano el famoso D. Francisco Oribe
para atropellarme, no faltó quien me lo
avisase, en la puerta de mi casa vieron todos
los vecinos algunos enmascarados, y yo me
vi en la necesidad de refugiarme a bordo
de una corbeta de Guerra Brasileña, hasta
que se hicieron las paces.

Esta es la pura verdad Ocurrente,
les. He pagado mi deuda a la amistad, ma-
nifestando la injusticia y el modo infame
con que se pretendió manchar la reputa-
cion bien adquirida de mi infortunado her-
mano político el General D. Manuel Pri-
eto. La inconsciencia y la nulidad de
los mandones, pudo solo hacernos perder
mejor de las causas: ellos tenían a su
disposicion la voluntad bien pronunciada
del Pais, y todos los recursos precisos. Nos



han vejado, nos han humillado: sufran ⁷³ ⁽⁴²⁾ ⁷⁴
la justa indignacion de sus conciudadanos
y no quieran volver a figurar en
un pais al que han causado tantos males

Montevideo Enero 16 de 1839.

Ramon de Cáceres

[Handwritten flourish]





43







